

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,

D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, ANTE CONGRESO

DE LOS DIPUTADOS

MADRID, 10 de Abril de 1991.

Señores Parlamentarios:

Permitidme empezar diciendo que las palabras del señor presidente llegan muy hondo al Presidente democráticamente elegido por el pueblo de Chile, porque revelan una comprensión muy profunda de la etapa que estamos viviendo en mi país.

Me siento especialmente honrado de estar en el seno de estas Cortes. También fui parlamentario por largos años y tuve el alto honor de presidir el Senado de Chile. El Parlamento es el espejo de toda la nación, el órgano de expresión natural e institucional de las distintas corrientes, aspiraciones y necesidades de un pueblo. Es aquí donde la Patria, en su diversidad, construye su unidad.

El respeto a la dignidad humana, fundamento de toda democracia, exige que todas las tendencias y pensamientos tengan la posibilidad de participar, las mayorías gobernando, y las minorías, ejerciendo el derecho a plantear sus críticas y propuestas para la construcción de un destino común.

Estas Cortes de España tienen, además, una significación especial para los americanos. Fue en las Cortes de Cádiz, donde hicimos nuestros primeros ensayos de participación en libertad. Hace un instante el señor presidente me mostraba las firmas de dos diputados de Chile en esas Cortes. Fueron precisamente los principios de la Constitución de 1812 allí proclamada, los que inspiraron a tantos de nuestros padres fundadores, al constituir las nuevas Repúblicas. Por paradójal que parezca, aquella España que abandonábamos para conquistar nuestra soberanía, nos había mostrado, en sus Cortes, valores esenciales para inspirar nuestra historia.

En los últimos años, las Cortes de esta nación han sido un ejemplo señero para quienes hemos debido enfrentar la

experiencia de transitar de un gobierno autoritario a un gobierno democrático. El rol de este foro fue sin duda decisivo en el éxito de la estrategia, seguida en España, para construir en democracia sin quiebres ni confrontaciones odiosas, buscando el camino de los consensos y de la concordia. Aquí se expresó el anhelo profundo de un pueblo que consolidó una democracia moderna y en paz, privilegiando los acuerdos por sobre las diferencias y restañando con sabiduría las heridas del pasado. Este testimonio ha tenido un enorme valor, ejemplarizador, para los chilenos.

Nuestro país ha vivido un proceso similar para retomar su interrumpida tradición democrática, que en otro tiempo fuera motivo de orgullo nacional. La lógica de la guerra que dividió a Chile por tantos años entre amigos y enemigos, ha sido derrotada por la vocación de un pueblo que, inspirado en su tradición, aprendió en el dolor a reconocer como familia nacional de compatriotas, más allá de las legítimas diferencias, y que está enfrentando las secuelas de sus pasadas divisiones, guiado por una firme voluntad de reconciliación.

Durante los años del autoritarismo, el pueblo chileno luchó tenazmente en defensa de sus libertades, chocando frente a un muro que parecía imbatible. Entonces, la movilización social fue cediendo espacio a la idea de que podíamos reconstruir la democracia por los propios cauces que el autoritarismo había establecido para su permanencia.

La experiencia española nos confirmaba que por esa senda podíamos tener éxito, sin los costos de muerte y destrucción que los derrumbes de las dictaduras suelen traer consigo.

El sufrimiento de largos años nos llevó a comprender, a quienes habíamos sido adversarios hasta pocos, la necesidad de aunar esfuerzos en torno a los valores fundamentales que conforman el espíritu y la esencia de la democracia.

Ha transcurrido poco más de un año desde que asumiera el gobierno democrático y hemos restablecido un clima civilizado en nuestra convivencia. Al asumir la Presidencia de la República expresé que mi mayor esfuerzo como gobernante estaría encaminado a lograr una efectiva unidad nacional. Para eso deberíamos procurar reconciliarnos, sobre la base de la verdad y de la justicia, buscando cerrar la herida abierta en el alma nacional por las violaciones a los derechos humanos cometidas en años anteriores.

El fundamento de toda convivencia es la verdad. Donde la verdad no es respetada, se quiebra la confianza, surgen las dudas, las descalificaciones y, por consiguiente, los odios y la tentación de la violencia. La mentira es la antesala de la violencia e incompatible con la paz.

Por eso, constituimos la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, integrada por personas de reconocido prestigio nacional, para que investigara y emitiera un informe sobre el

tema. Su resultado ha conmovido la conciencia moral de la nación. En pocas ocasiones nuestro pueblo ha vivido un momento de tanto contenido ético, como el que hemos enfrentado en días recientes, abriéndose la oportunidad de asumir esa dolorosa verdad para asumir con ella el pasado, en aras de un futuro en que nunca más vuelvan a repetirse hechos como los que tanto daño causaron a nuestra patria.

La reconciliación, sin embargo, no se logra por decreto. Falta aún camino por andar. Es tarea de todos construir el porvenir de justicia y de paz a que aspira el pueblo de Chile.

Sus señorías conocen bien las dificultades y desafíos de la recuperación de la democracia y su consolidación, porque la vivieron. Estoy cierto que quienes han construido la Europa contemporánea, quienes traspasaron las enormes tormentas causadas por regímenes que negaron la libertad y los derechos de las personas, superando la destrucción y el dolor de la guerra, comprenden bien el proceso de una nación como la nuestra.

Sabemos también que millones de europeos tomaron en sus manos y en sus corazones, la causa de la democracia chilena. Los chilenos valoramos profundamente esa solidaridad, que nació de la adhesión a nobles ideales comunes.

Por ello, en nombre de mis compatriotas, y en especial de aquellos que encontraron en suelo español una segunda patria, agradezco en esta ocasión solemne todo el apoyo recibido durante los años difíciles.

Pero la recuperación de la democracia para los chilenos no sólo significa restaurar la convivencia y volver a la normalidad institucional. Significa, desde luego, erradicar la amenaza terrorista de quienes obstaculizan el proceso democrático mediante crímenes que merecen general condena. Significa, también, hacer realidad un futuro y un sueño común: hacer de Chile una nación desarrollada, que acoja a todos sus habitantes y le brinde a todos las posibilidades de una vida mejor.

En esta tarea, más allá de nuestras diferencias, estamos comprometidos todos los chilenos.

Por eso estamos dando un decidido impulso al crecimiento económico del país y buscando, al mismo tiempo, la justicia social indispensable para que todos participen no sólo en el esfuerzo, sino también en los frutos del desarrollo y, de este modo, derrotemos la pobreza y hagamos de nuestra patria un hogar próspero, justo y solidario.

Empresarios y trabajadores están concurrendo, con gran madurez, a la tarea común de lograr una economía sana, reducir la inflación y establecer reglas claras y equitativas en nuestras relaciones en el marco de una economía abierta.

Sabemos que el crecimiento económico depende en gran medida de la creatividad, la disciplina y la capacidad de innovar de las personas.

Este es el camino que Chile está recorriendo con éxito y estamos dispuestos a profundizarlo. Pero en un mundo interconectado como el nuestro, ello no es suficiente. Nuestras exportaciones encuentran importantes trabas en los mercados del mundo desarrollado y nuestra vocación exportadora choca con las burocracias que intentan ganar mercados por decreto. Por eso requerimos que el compromiso de las naciones industrializadas con la libertad de comercio, abandone la retórica, para concretarse en una genuina apertura de los mercados.

España ocupa un lugar principal en el proceso de diversificación de nuestros vínculos externos, sustentado en los objetivos económicos del Tratado de Cooperación y de Amistad que hemos firmado, y que ayer fue ratificado por vuestro Senado. En él están contenidos todos los elementos para una cooperación entre nuestros países. Significa aumentar los flujos de inversión, buscar las formas más adecuadas para utilizar créditos en proyectos públicos y privados, como asimismo, diseñar programas de desarrollo social, científicos, tecnológicos, educativos y culturales que sean prioritarios para ambos países. Los resultados promisorios que hemos alcanzado en el plano bilateral, nos convocan a nuevos horizontes que, frente a la inminencia de 1992, debemos diseñar para el futuro.

Quisiera expresar también que nuestra concepción del desarrollo nos exige asumir con firme decisión los resguardos indispensables para que los beneficios de hoy no sean el desastre para las generaciones del mañana. Queremos y buscamos un desarrollo sin daños ecológicos, que preserve la calidad de la vida humana y la subsistencia de nuestros recursos naturales, que descontamine nuestro aire y nuestras aguas. Este es, sin duda, otro campo de posibilidades conjuntas.

Señores parlamentarios:

No deja de ser sorprendente el paralelo de nuestras vicisitudes. Como si fuese obra de un designio misterioso de la historia, nuestros pueblos se han acompañado lejanamente en el dolor común de la división fratricida, en la acogida de quienes debieron buscar refugio y, finalmente, en la difícil pero hermosa tarea de construir la paz, la democracia y el progreso en nuestras naciones.

Esta es la empresa que convoca a nuestros pueblos y a los hombres y mujeres de buena voluntad, más allá de las fronteras, para hacer de nuestro mundo, un lugar que acoja amablemente a todos sus habitantes. Estas Cortes dan testimonio de ello.

La gentileza con que habéis acogido al Presidente de

Chile, representante de su pueblo, y el ambiente de hermandad que aquí he sentido, fortalecen mi fe en el porvenir de nuestras naciones, unidas en la común tarea de progreso humano e inspiradas en los mismos ideales de libertad, justicia y paz.

Muchas gracias.

* * * * *

MADRID, 10 de Abril de 1991.

M.L.S.